

¿Cómo pudo Jesús caminar sobre las aguas?

Ariel Álvarez Valdés

Noche de fantasmas

En abril de 2006, el científico norteamericano Doron Nof publicó un artículo en el que pregonaba, con bombos y platillos, haber descubierto el secreto de la famosa caminata de Jesús sobre el lago de Galilea.

Examinó durante 14 años las condiciones del agua, el clima y la atmósfera de la Palestina del siglo I, y llegó a la conclusión de que Jesús había caminado... ¡sobre un trozo de hielo que flotaba cerca de la orilla!

Nof demoró más de una década en llegar a una solución obsoleta, ya que la investigación bíblica hace tiempo que abandonó este tipo de explicaciones.

El extraño episodio en el que Jesús desafió, como nunca antes, la ley de la gravedad marchando sobre la superficie de un lago, ha llamado la atención de los estudiosos desde hace siglos. Está contado, aunque con detalles diferentes, por tres evangelistas: Marcos (6,45-52), Mateo (14,22-23) y Juan (6,16-21).

Según estos autores, después de multiplicar los panes ante una multitud, y habiendo caído la noche, Jesús ordenó a sus discípulos subir a la barca y trasladarse a la otra orilla del lago de Galilea, mientras Él se quedaba despidiendo a la gente. Así lo hicieron ellos y se lanzaron mar adentro. Pero, poco después de haber zarpado, se levantó un viento tan fuerte que los discípulos casi no pudieron remar y la barca empezó a avanzar con mucha dificultad. A eso de las tres de la mañana, sólo habían recorrido 5 o 6 kilómetros,

De pronto, en medio de la oscuridad, vieron aparecer a Jesús caminando sobre el agua. Se asustaron, creyendo que era un fantasma, y comenzaron a gritar; pero Él les dijo: *“Ánimo, soy yo; no tengan miedo”*, y acercándose a la barca se subió a ella. En ese mismo instante el viento que soplaba se calmó y las olas del lago se aplacaron.

La explicación “sobrenatural”

Desde siempre, los autores han tratado de explicar cómo pudo Jesús realizar semejante caminata marítima. En tiempos antiguos, cuando se interpretaba la Biblia de manera literal, solían proponerse las teorías denominadas “sobrenaturales”. Todas ellas partían del supuesto de que Jesús realmente había andado sobre las aguas; y lo explicaban recurriendo a alguna causa sobrenatural.

Así, ciertos autores decían que eso fue posible gracias a que el cuerpo de Jesús no estaba, como los demás cuerpos humanos, sujeto a la ley de gravedad. Pero esta postura era insostenible, ya que los Evangelios cuentan que, el día de su bautismo, el cuerpo de Jesús se sumergió en el río Jordán (Mc 1,10).

Otros preferían pensar que Jesús, al momento de entrar al lago, transformó la composición física del agua haciéndola más densa, de manera que pudiera sostener su cuerpo. Pero, según san Mateo, también Pedro intentó caminar sobre el agua y a los pocos metros se hundió. Si la densidad del mar había cambiado, ¿por qué no pudo sostener a Pedro?

Otras explicaciones postulaban que Jesús había generado, con su poder, una corriente de aire bajo sus pies que lo mantuvo elevado sobre el espejo de agua. Y otras, en fin, que caminó a una velocidad tan extraordinaria que le permitió mantenerse a flote.

La explicación “natural”

Pero a partir del siglo XVIII comenzó a leerse la Biblia de un modo nuevo, más acorde con el pensamiento moderno, y los autores se inclinaron a otro tipo de explicaciones, llamadas “naturales”.

Estas, al igual que las precedentes, también suponían que la caminata había ocurrido realmente, pero no debido a una intervención sobrenatural de Jesús, sino a un hecho natural, normal y corriente. Y trataron de buscar cuál era.

También aquí las opiniones fueron muy diversas: que Jesús caminó sobre unos troncos que flotaban en el agua; o que anduvo por las piedras; o que se desplazó por la orilla de la playa; o que se adentró a una zona poco profunda del lago. En esta categoría se inscribe la teoría de Nof que vimos, acerca del bloque de hielo.

Pero todas estas teorías suponían que los discípulos eran tan tontos que no se dieron cuenta de lo que pasó, y pensaron que era un milagro, ya que el relato dice que *“ellos quedaron completamente estupefactos”* (Mc 6,51). Y, para peor, Jesús había consentido que se creyeran semejante engaño, porque nunca les aclaró que fue un hecho ordinario. Lo cual, sin duda, resulta inaceptable.

Por eso actualmente los biblistas han propuesto una tercera solución, que podríamos llamar “teológica”. Afirman que la caminata de Jesús no fue un hecho “sobrenatural” ni tampoco “natural”, sino que, simplemente, no se produjo. Por eso no debe tomarse literalmente, como si se tratase de una crónica histórica. Es más bien un relato compuesto por las primeras comunidades cristianas para transmitir una idea teológica.

Milagro para sí mismo

Esta teoría parte del hecho de que todos los milagros que se remontan a la vida histórica de Jesús tienen siempre una característica: la de ayudar a alguien, es decir, asistir a un necesitado (ciego, paralítico, leproso, endemoniado) que sufre una dolencia; son acciones al servicio de los enfermos. En cambio, el milagro de la marcha sobre las aguas está centrado únicamente en Jesús y en su propia glorificación.

Analicemos el texto. Los discípulos se encuentran en medio del lago, pero no ante un peligro grave. No hay tormenta feroz, ni olas que inunden la barca, ni discípulos que gritan porque están por ahogarse (como sí ocurre, por ejemplo, en el episodio de la tempestad calmada contado anteriormente por Marcos, en 4,35-41), Aquí el único problema que tienen es el del viento en contra, que les reduce la velocidad de la barca. Si más tarde gritan aterrorizados, es porque Jesús se les apareció en medio de la oscuridad (Mc 6,49).

Ciertamente, al subir Jesús a la barca el viento amaina y los discípulos pueden remar más fácilmente; pero este “beneficio” que les aporta es tan secundario en el relato, que el evangelista ni siquiera lo menciona (mientras que en los demás milagros siempre se describe la ayuda brindada por Jesús). No hay aquí, pues, una acción de Jesús para ayudar ni socorrer a nadie.

¿Entonces que pretende decir este milagro? Si observamos bien, vemos que todo el texto está centrado en la aparición gloriosa de Jesús caminando sobre aquella masa caótica de agua. Se trata, pues, de un milagro, pero no de auxilio, sino de “revelación divina” (o “epifanía”).

¿Y cuál es su significado? Para entenderlo, analicemos lo que los judíos pensaban del mar, pues allí está la clave.

Partiendo en dos al dragón

Los israelitas solían tenerle miedo al mar. Para su mentalidad, éste era un símbolo de la maldad, del caos y de la muerte. Solían imaginarlo como un monstruo, y le daban el nombre de Rahab (Is 51,9), o Tanin (Jb 7,12), o Leviatán (Sal 74,14).

Según la imaginación popular hebrea, cuando Yahvé creó el mundo, tuvo que enfrentarse con esa bestia malvada de las aguas, a la que partió en dos, dividiéndola entre las “aguas de arriba” y las “aguas de abajo” (Gn 1,6-7). Así pudo poner orden en el universo. (Esta idea los hebreos la habían tomado, a su vez, de la mitología babilónica, donde se contaba que el dios Marduk había vencido al demonio Tiamat, bestia feroz de los mares, dividiéndolo en dos).

De todos modos, pensaban que en el mar quedaban restos de aquella antigua criatura diabólica (Is 27,1), y podía despertarse en cualquier momento (Jb 3,8). Por eso le temían al mar, e imaginaban que embarcarse era arriesgarse a enfrentar a los dragones, bestias y demonios que allí habitaban.

El recuerdo de Yahvé dividiendo por la mitad el poder maléfico de las aguas se repite varias veces en el Antiguo Testamento, además del Génesis. Por ejemplo, cuando parte las aguas para que los israelitas escapen de Egipto (Éx 14,21), o para que entren en la Tierra Prometida (Jos 3,16), o para que pase el profeta Elías (2Rey 2,8), o para que lo atravesase el profeta Eliseo (2Rey 2,14). Era una manera de evocar aquel combate primigenio en el que Yahvé había derrotado al monstruo marino de las aguas.

Sólo Dios camina sobre las aguas

También el profeta Isaías rememora el día en que Dios logró partir en dos al dragón del mar (Is 51,9-10). Y varios salmos recuerdan cómo las aguas huyeron asustadas ante la presencia de Yahvé (Sal 77,17; 78,13; 106,9; 136,13).

Como consecuencia de este dominio de Yahvé sobre el monstruo del mar, algunas escenas del Antiguo Testamento muestran a Dios marchando triunfalmente sobre las aguas. Así lo encontramos en el libro de Job, donde dice que sólo Dios *“ha caminado sobre las aguas”* (Jb 38,16). También el profeta Habacuc anuncia: *“Tú caminas sobre el mar con tus caballos”* (Hab 3,15). El salmista, por su parte, exclama: *“Tú caminaste sobre las aguas”* (Sal 77,20). Y otros pasajes bíblicos (como Eclo 24,5-6; Sab 10,17-18) alaban asimismo a Dios por haber andado sobre el mar.

En el Antiguo Testamento, pues, caminar sobre el mar es una prerrogativa exclusiva de Yahvé. Por lo tanto, cuando los Evangelios presentan a Jesús caminando sobre las aguas, lo que pretenden es mostrarlo realizando una acción divina, es decir, revelándose ante los discípulos con el poder y la majestad de Yahvé. En otras palabras: intentan describir, en la figura de Jesús, una aparición de Dios.

Un modo de hacerse ver

Varios elementos del relato parecen confirmar esta interpretación.

Primero, porque según Marcos, cuando Jesús se apareció a sus discípulos caminando sobre el mar, quiso *“pasar por delante”* de ellos (Mc 6,48). Algunas Biblias, como la de Jerusalén, dicen que quería *“pasar de largo”*. Pero se trata de una traducción errónea. Si Jesús se dirigía hacia la barca de sus discípulos, ¿por qué iba a querer pasar de largo? Si en cambio traducimos que Jesús quiso *“pasar por delante”* de ellos, nos encontramos frente a una frase técnica del Antiguo Testamento empleada precisamente para indicar una aparición de Dios a un personaje de la historia judía.

Por ejemplo, cuando Dios se presenta ante Moisés, dice la Biblia que *“pasó por delante”* (Éx 34,6). Cuando se mostró ante el profeta Elías, también dice que *“pasó por delante”* (1Rey 19,11). Lo mismo se narra del patriarca Jacob (Gn 32,31-32,LXX) y del profeta Daniel (Dn 12,1,LXX).

Por lo tanto, que Jesús haya querido *“pasar por delante”* de los discípulos significa, en lenguaje bíblico, que quiso mostrarse ante ellos como si fuera Dios.

Las apariencias divinas

Segundo, por el temor que sienten los discípulos al ver a Jesús. En la Biblia, cuando un personaje logra contemplar a Dios, siempre se asusta por haber vislumbrado a la divinidad. Así ocurre con Moisés (Éx 3,6), Gedeón (Jc 6,22), Elías (1Rey 19,13), los padres de Sansón (Jc 13,20-22), Isaías (Is 6,5), Tobías (Tob 12,16). Todos ellos se sobrecogen, dando a entender que están ante la eminente

presencia de Yahvé. Por eso, el hecho de que los discípulos se asusten al ver a Jesús nos indica que estamos ante el temor reverencial de quienes han logrado ver a Dios.

Tercero, por la forma como Jesús se identifica ante sus horrorizados discípulos para tranquilizarlos. No les dice “soy Jesús”, o “soy el maestro”, sino “soy yo” (Mc 6,50). Es una extraña manera de darse a conocer, porque “yo” podría ser cualquiera. Pero sucede que esta fórmula era justamente la que, en el Antiguo Testamento, empleaba Dios para presentarse a sí mismo (Éx 3,14; Deut 32,39; Is 41,4; Is 43,10; Is 47,8). Al presentarse Jesús con esta expresión, da a entender que, en cierto modo, es Dios mismo quien se ha hecho presente sobre el mar de Galilea aquella madrugada.

Todos estos elementos propios de Dios, aplicados a la persona de Jesús, no están por casualidad en el relato. Los autores los pusieron con la intención de describir una aparición divina a los discípulos, en la figura de Jesús.

Con efecto prolongado

Pero ¿cuál es la enseñanza que esta escena pretendía transmitir?

La respuesta posiblemente sea la siguiente: la narración de Jesús y el mar se presenta siempre, en los Evangelios, a continuación de la multiplicación de los panes. No parece haber existido nunca como relato independiente, ni circular como una perícopa aislada, sino que fue creada para servir de comentario a la escena de los panes. Así se explica que, luego de relatar cómo Jesús camina sobre las aguas, se dice que los discípulos “*quedaron estupefactos, porque no habían entendido lo de los panes*” (Mc 6,52). ¿Qué tienen que ver los panes con las aguas? Aparentemente nada. Pero si Marcos añade aquí esa observación, enlazando el milagro previo de los panes con el del mar, es porque su función original era la de comentario.

¿Qué comentario ofrecía la marcha en el mar al milagro de la multiplicación? Sabemos que en la Iglesia primitiva se pensaba que el relato de los panes era un anuncio de la eucaristía. Se creía que Jesús los había repartido como un adelanto de la comunión en la misa. Por eso es el único milagro, de todos los realizados por Jesús, que aparece en los cuatro Evangelios; porque, a diferencia de los demás, era el único que seguía produciéndose regularmente en la Iglesia.

Ahora bien, para explicar el beneficio que otorgaba aquel reparto de panes, se creó un nuevo relato simbólico indicando de qué manera actuaba Jesús en quienes se habían alimentado con ese pan.

En otras palabras: el mensaje eucarístico empezaba en la multiplicación de los panes y terminaba en la caminata sobre el mar. El primero exponía cómo los cristianos, que se hallaban en el “desierto” de sus vidas, sintiéndose solos y experimentando hambre de muchas atenciones, podían alimentarse con un pan especial que les ofrecía la Iglesia, multiplicado gracias al poder de Jesucristo. El

segundo, ilustraba de qué manera Jesucristo se hacía presente en aquel grupo que había comulgado y que luego se había lanzado a la oscuridad de la noche, en medio de un mundo hostil que le impedía remar y avanzar. Aun cuando se encontraran en la situación más caótica y perturbadora, como era el mar para los judíos, Jesús hallaría la forma de “presentarse” ante ellos para infundirles ánimo y calmar sus temores.

Para una pequeña Iglesia, que bregaba en la noche de sus dificultades y extrañaba a Jesús después de su muerte, el relato de la caminata sobre las aguas enseñaba que podían experimentarlo otra vez vivo y con todo su poder, al participar de la eucaristía. La marcha sobre el mar, pues, si bien pertenece al género de los “milagros”, no se remonta a un hecho histórico de la vida de Jesús, sino que describe el auxilio divino que reciben los que han tomado parte de la eucaristía.

Cantando sobre la rama

Para los judíos, el mar representaba un mundo caótico y revuelto, capaz de esconder secretos inenarrables y amargas sorpresas. Por eso se convirtió en el símbolo de la existencia del hombre.

Toda vida humana es como un inmenso mar de aguas turbulentas y aterradoras, que oculta en cada cresta sobresaltos imprevistos. Por eso resulta imposible vivir con la seguridad a cuestas. Desde que el hombre existe, no tiene nada garantizado. Vivir fue siempre una inversión a riesgo. Jamás podremos saber si este día, que comenzó con tantas esperanzas, será nuestro último día. La vida es una aventura que se reanuda en cada amanecer, pero con final incierto. No existe ni sabiduría ni receta mágica que pueda garantizarnos certidumbre alguna.

Frente a tales fluctuaciones, el Evangelio nos ofrece un puntal: verlo venir a Jesús avanzando hacia nosotros, caminando sobre el mar. Cada vez que el viento de los conflictos nos impida avanzar, hay que aprender a descubrirlo a nuestro lado, pisoteando el caos que tanto nos asusta. Entonces nuestra vida podrá avanzar sin sobresaltos.

El poeta Phillipe Goudon decía: “Qué admirable es el pájaro, que aunque se posa sobre la rama temblorosa del árbol, no teme y es capaz de emitir su canto. ¿Cómo puede cantar tan tranquilo cuando todo tiembla bajo sus pies? Porque sabe que tiene alas”. En las luchas de la vida no importa qué terreno pisan nuestros pies, ni cuán inestable es el sendero que transitamos. Porque la fe en Jesús, que camina a nuestro lado aplastando la borrasca, es capaz de hacernos crecer alas.